

todo lo posible. Muñecas imposible vender, pero nos vienen muy bien para los grandes compromisos.

Recuerdos de todas, y a todas un gran abrazo.

*Maruja."*

.....

La Delegada de Madrid, Carmen Blanco, resume así sus impresiones sobre el viaje:

#### *Fragmentos de unas cartas*

«Estamos en París. Nos alojamos en un convento. Las monjas nos han recibido muy bien, pero un poco asustadas; poco a poco nos van conociendo; nos observan en las oraciones de la comida, en los ensayos, en la Misa y en todos nuestros actos, y hoy la Superiora me hablaba muy sonriente, como es ella, queriendo expresar en ello todo lo que sentía. Noto en un grupo de niñas algo que nunca había encontrado hasta ahora, algo que se nota lo mismo bailando que rezando, una sencillez, una naturalidad, un no sé qué... ¡Yo sí sabía lo que era! Han seguido muy de cerca nuestras actuaciones y los comentarios de los periódicos; una hermanita, muy asustada cuando se enteró de que éramos de Falange, exclamó: «¡Pues a lo mejor vienen al convento los comunistas!» «¡No importa, la defenderemos!», contestó la Madre. Sólo te diré que cuando nos fuimos, quedaron en hacer todos los esfuerzos posibles para fundar casa en Madrid.

En el teatro el éxito es rotundo; la gente en pie, agitando sombreros, pañuelos, bufandas. El día del estreno, en el momento en que el coro cantaba, empezaron los comunistas a gritar como fieras; en la vida habremos cantado con más fuerza y más rabia la estrofa «Dale, dale que le dale, da'e, dale que le dió»; queríamos con ello machacar a aquellos que

vociferaban. Repetimos el estribillo varias veces, y cada vez con más ganas.

El día 13 ha sido la última actuación; el éxito de aquella noche fué cumbre. Temíamos un poco la salida porque los comunistas querían hacer una manifestación, pero no pasó nada, todo fué bien. Hacer baúles, embalar decorados, recoger maletas, y, al fin, a las dos de la mañana salimos de París, y cuando estábamos en el Burget, de repente uno de los chicos dice con mucha calma: «¡Parece que salen llamas del remolque!»; habíamos perdido una rueda y el eje en el asfalto levantaba unas chispas imponentes. Total, como a esas horas los establecimientos no están abiertos, tuvimos que pasar la noche en la carretera y salir a las diez de la mañana. Nosotras, que pensábamos llegar a las nueve de la mañana a Bruselas, lo hicimos a las seis de la tarde. Teníamos que actuar a las ocho; imagínate el cansancio de todo el mundo. Empezó el espectáculo y el griterío fué monstruoso, con toda clase de exclamaciones. No te puedes imaginar la pena que me dió. (La madre de esta camarada es belga.) Pero la actuación de aquel día fué mejor que ninguna, parecía un combate; cuanto más gritaban, mejor bailaban, con un coraje como nunca lo vi. Lo que no podían decir con palabras lo expresaban bailando. Los periódicos nos han hecho unos artículos poniéndonos por las nubes ante nuestra actitud; al parecer es gente pagada de la Universidad libre la que nos han hecho tan mal recibimiento; es para no tenerlo en cuenta.

El domingo, después de una Misa en Bruselas, en la cripta de la iglesia de Santa María por un padre capuchino español, por cierto se hizo rogar al principio porque creía que éramos profesionales, pero cuando vió que dialogábamos la Misa, rezábamos nuestras oraciones, quedó maravillado e impresionado por ello. En la fiesta de la Embajada nos ha-